



Guy De Maupassant

En el mar

Últimamente publicaron los periódicos la siguiente noticia:

“Boulogne-sur-Mer, 22 de enero.-Nos comunican que una horrible desgracia acaba de sembrar la consternación en nuestra población marítima, que tanto lleva sufrido desde hace dos años. El barco pesquero que mandaba el patrón Javel fue lanzado hacia el oeste cuando iba a entrar en el puerto, y se estrelló contra las rocas del rompeolas del muelle. A pesar de los esfuerzos del barco de salvamento y de las maromas lanzadas por medio del fusil porta-amarras, perecieron cuatro hombres y el grumete. El mal tiempo continúa, y se temen nuevos siniestros.

* * *

¿Quién será ese patrón Javel? ¿Será acaso el hermano del manco? Si el pobre hombre arrastrado por el oleaje y muerto quizá bajo los restos de su propio barco hecho pedazos es, efectivamente, quien yo creo, asistió, hace ahora 18 años, a otro drama tan terrible y sencillo como son siempre esos dramas formidables de las olas. Javel el mayor, era entonces patrón de un chalutier . El chalutier es el barco pesquero por excelencia. De una solidez que desafía cualquier temporal, es, sin embargo, balanceado sin cesar por las olas como un corcho, manteniéndose siempre sobre ellas, gracias a su quilla redonda en forma de panza, y así, constantemente azotado por los vientos duros y salados del canal de la Mancha, trabaja el mar de un modo infatigable, con las velas hinchadas, arrastrando por un costado una gran red que rae el fondo del océano, y desprende y recoge todos los animales que duermen en las rocas, desde los peces aplastados

adheridos a la arena, hasta los grandes cangrejos, de corvas garras, y bogavantes de puntiagudos bigotes. Cuando la brisa sopla bastante fuerte y el oleaje es corto, el barco se pone a pescar. Su red va fijada a lo largo de una gran viga de madera recubierta de hierro, que se deja descender por medio de dos cables que se deslizan desenrollándose de dos rodillos situados en los dos extremos de la embarcación. Y cuando el barco va a la deriva empujado por el viento y la corriente, arrastra consigo este aparejo que asuela y devasta el fondo del mar.

Javel llevaba a bordo a su hermano menor, a otros cuatro pescadores y a un grumete. Había salido de Boulogne con un hermoso tiempo, claro y limpio, para echar las redes. Pero enseguida se levantó el viento y una borrasca que sobrevino obligó al pesquero a alejarse. Alcanzó éste las costas de Inglaterra; pero el mar revuelto azotaba los acantilados, se estrellaba contra la costa ya hacía imposible la entrada en los puertos. El barquito volvióse a altamar, y regresó hasta las costas de Francia. Mas también allí la tempestad hacía infranqueables los muelles envueltos de espuma, estrépito y peligro, imposibilitando la entrada en cualquier refugio. De nuevo se echó a la mar el barco, navegando a lomos de las olas, bamboleándose entre éstas, violentamente sacudido, chorreando agua y constantemente azotado por golpes de mar, pero manteniéndose firme a pesar de todo, acostumbrado a estos recios temporales que a veces lo tenían hasta cinco o seis días vagando a la aventura entre los dos países vecinos, sin poder atracar en uno o en otro. Calmóse por fin el huracán, cuando el barco se encontraba en alta mar, y aunque el oleaje era aún fuerte, el patrón mandó arrojar el aparejo de pesca. Fue, pues, pasando éste por encima de la borda y dos hombres delante y otros dos detrás, comenzaron a desenrollar de los rodillos las amarras que lo retenían. De repente tocó el fondo, pero entonces una ola muy alta inclinó el barco, y Javel el menor, que se encontraba en la proa dirigiendo el descenso de la red, se tambaleó y su brazo quedó cogido entre la cuerda, distendida un instante por la sacudida de la ola, y la madera de la borda por encima de la cual, se iba deslizándose aquélla. Hizo un esfuerzo desesperado para levantar la amarra con la otra mano, pero el aparejo con la red se arrastraba ya por el agua, y el cable, tenso, no cedió nada. El joven, crispado por el dolor, pidió socorro. Acudieron todos; su hermano abandonó el puesto de mando, y todos se lanzaron al cable, esforzándose por apartar al miembro que estaba triturado. Pero todo fue en vano, “Hay que cortar”, dijo un marinero, y sacó del bolsillo un gran cuchillo que de dos cortes podía salvar el brazo del joven Javel. Pero cortar era perder el aparejo, y este aparejo valía dinero, mucho dinero, mil quinientos francos; y pertenecía al mayor de los Javel, quien lo tenía en gran estima. Y gritó, con el corazón torturado: “No, no cortes, espera, voy a orzar.” Y corrió al gobernalle, virando toda la barra. El barco apenas si obedeció, paralizado por la red que inmovilizaba su impulso, y arrastrado, demás, por la fuerza de la deriva y del viento. El joven Javel se había dejado caer sobre las rodillas, con los dientes apretados y una expresión fosca en la mirada. Pero no decía nada. Su hermano volvió, temiendo siempre al cuchillo del marinero: “Espera, espera, no cortes; hay que echar el ancla.” Se echó el ancla, se largó toda la cadena, y luego se pusieron a girar el cabestrante para aflojar las amarras del aparejo. Aflojéronse éstas, por fin, y se pudo sacar el brazo inerte, bajo su manga de lana toda ensangrentada. El joven Javel parecía haberse quedado idiotizado. Le quitaron la blusa y vieron entonces algo horrible, una papilla de carne de donde salía la sangre a borbotones como si fuese impulsada por una bomba. Entonces el pobre hombre contempló su brazo y murmuró: “Perdido.” Como la hemorragia formaba ya un charco sobre el puente del barco, uno de los marineros gritó: “Se va a desangrar; hay que atarle la vena.” Y cogieron un bramante, un bramante gordo, oscuro y embreado, y atando con él el brazo por encima de la herida, apretaron con todas sus fuerzas, Los chorros de sangre se detuvieron poco

a poco, y acabaron por cesar completamente. El joven Javel se levantó; su brazo colgaba de un lado. Lo cogió con la otra mano y lo levantó, lo volvió, lo sacudió. Lo tenía completamente roto, huesos y todo, únicamente los músculos lo retenían ligados a su cuerpo. Lo contempló con sombría mirada, reflexionando. Luego se sentó sobre una vela plegada, y sus camaradas le aconsejaron que mojase sin cesar la herida para impedir la gangrena. Pusieron un cubo a su lado, y a cada instante sacaba de allí un vaso lleno de agua, y lavaba la horrible llaga dejando correr sobre ella un hilito de agua clara. “Estarás mejor abajo”, le dijo su hermano. Bajó, pero volvió a subir al cabo de una hora, pues no se sentía muy bien allí, tan solo. Y además, prefería estar al aire libre. Volvió a sentarse en la vela, y comenzó otra vez a humedecer su brazo. Hicieron una buena pesca. Grandes peces de blanco vientre yacían a su lado. Sacudidos por los espasmos de la muerte, y los miraba, sin cesar de remojar su carne destrozada.

* * *

Cuando iban a llegar a Boulogne, se desencadenó un nuevo vendaval, y el barquito volvió a empezar su loca carrera, dando saltos y vuelcos, sacudiendo al triste herido. Llegó la noche, pero el tiempo siguió siendo malo hasta que vino la aurora. Al amanecer estaban de nuevo ante las costas de Inglaterra, pero como el mar había amainado un poco, volvieron a partir para Francia dando bordadas. Hacia el anochecer, el joven Javel llamó a sus camaradas, y les mostró unas manchas negras, que presentaban un feo aspecto, dando cada uno su parecer. “Eso puede ser la gangrena”, decía uno meditabundo. “Hay que echar agua salada encima”, declaraba otro. Trajeron pues, agua salada y la vertieron en la llaga. El herido se puso lívido, le rechinaron los dientes y se retorció un poco, pero no se quejó. Luego, cuando se hubo calmado el escozor, él dijo a su hermano: “Dame tu cuchillo”, y el hermano se lo tendió. “Sostenme el brazo en el aire, bien derecho, tira de él hacia arriba.” El hermano hizo lo que le pedía. Y entonces se puso a cortarse él mismo. Cortaba suavemente, con cuidado, rebanando los últimos tendones con aquella hoja tan aguzada como el filo de una navaja de afeitar; y poco después no tenía ya más que un muñón. Lanzó entonces un profundo suspiro y declaró: “Era necesario, pues de lo contrario yo estaba perdido.” Parecía aliviado y respiraba con fuerza. Y comenzó de nuevo a echar agua sobre el trozo de brazo que le quedaba. Aquella noche fue aún mala, el joven Javel cogió su brazo cortado y lo examinó durante largo rato. La putrefacción se declaraba ya. Sus camaradas fueron también a examinarlo y se lo pasaban de mano en mano, lo palpaban, le daban vueltas y lo olían. “Hay que tirar eso al mar ahora mismo”, dijo su hermano. Pero Javel el menor se enfadó: “¡Ah, no, de ninguna manera! No quiero. Es mi brazo, ¿no es cierto? Pues entonces es mío.” Volvió a cogerlo y lo colocó entre sus piernas. “No por eso dejará de pudrirse”, dijo el hermano mayor. Y entonces el lisiado tuvo una idea, al recordar que para conservar al pescado, cuando se lleva mucho tiempo en el mar, lo apilaban en unos barriles de sal. “¿No podríamos ponerlo en salmuera?”, preguntó. “Anda, pues es verdad”, dijeron los marineros. Vaciaron entonces uno de los barriles, lleno ya de la pesca de los últimos días, y justamente en su fondo, colocaron el brazo. Echaron sal encima, y luego volvieron a colocar uno a uno los pescados. “Con tal de que no lo vendamos también”, bromeó uno de los marineros. Y todos se echaron a reír, menos los dos Javel. El viento seguía soplando, y aún tuvieron que seguir dando bordadas frente a Boulogne hasta las diez de la mañana del día siguiente. Mientras tanto, el herido continuó echando agua sobre su llaga sin cesar. De vez en cuando, se levantaba y andaba de una punta a la otra del barco. Su hermano, que llevaba el timón, le seguía con la vista, moviendo la cabeza. Por fin, consiguieron entrar en el puerto. El médico examinó la herida y manifestó que

se hallaba en buen estado. Le hizo una cura y lavado completo, y le ordenó reposo. Pero Javel no quiso acostarse sin haber recogido su brazo, y volvió inmediatamente al puerto a buscar el barril, que había marcado con una cruz. Lo vaciaron delante de él, y recogió su brazo, que estaba bien conservado en la salmuera, aunque seco y lleno de arrugas. Lo envolvió en una servilleta que había llevado con ese propósito, y regresó a su casa. Su mujer y sus hijos examinaron detenidamente aquel despojo del padre, palpando los dedos y quitando los residuos de sal que habían quedado bajo las uñas; luego llamaron al carpintero para que le construyese un pequeño féretro. Al día siguiente toda la tripulación del chalutier acompañó el entierro del brazo amputado. Los dos hermanos, uno al lado del otro, presidían el duelo. El sacristán de la parroquia llevaba el cadáver bajo el sobaco. El menor de los Javel dejó de navegar. Obtuvo un empleillo en el puerto y, cuando más tarde hablaba de su accidente, confiaba por lo bajo a su interlocutor: “Si mi hermano hubiera querido cortar el aparejo, yo tendría aún mi brazo, de seguro. Pero él miraba por lo suyo.”

Digitalizado por la voluntaria Cristina Madeo

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

